I I I . Industria, imperio y acumulación «interminable» decapital...... 192

El tercer ciclo sistémico de acumulación (británico), 192.

La dialéctica en­ tre capitalismo y territorialismo, 2 1 1.

La dialéctica entre capitalismo y te­ rritorialismo (II), 235.

Síntesis retrospectiva y proyección prospectiva, 256.

# Industria, imperio y acumulación «interminable» de capital

## EL TERCER CICLO SISTÉMICO DE ACUMULACIÓN (BRITÁNICO)

EL TERCER CICLO SISTÉMICO DE ACUMULACIÓN (BRITÁNICO) Durante el siglo XVIII, Londres ganó terreno a Amsterdam como centro ri­ val de las altas finanzas. Era el resultado tanto del éxito británico en la lucha contra Francia y contra competidores menores por el control exclusivo del co­ mercio con el mundo extraeuropeo, como consecuencia de la transferencia del capital excedente holandés a las empresas británicas. Irónicamente, sin embar­ go, fue la derrota de Gran Bretaña por sus súbditos americanos, apoyados por los franceses en alianza con los holandeses, lo que desencadenó la crisis termi­ nal del dominio holandés en el ámbito de las altas finanzas. p192

una de las crisis recurrentes que habían minado el mercado financiero de Amsterdam desde principios de la dé­ cada de 1760 acabó con la posición central que ocupaba en la economíamundo europea. En las crisis anteriores, como escribió un observador contem­ poráneo, M. Torcía, en 1782, «los banqueros mercantiles [de Amsterdaml iban a resurgir como el ave fénix o, más exactamente, iban a emerger de sus propias cenizas y a identificarse a la postre como los acreedores de un mercado de valo­ res arruinado\* (citado en Braudel, 1984: 271). El ave fénix que resurgió, sin. embargo, de las cenizas de la crisis holandesa de 1780-1783 fue Londres, como nuevo centro rector de las finanzas mundiales. p 192

Durante la década de 1780 y, en menor medida, durante la de 1790, el dominio holandés en las altas finanzas coexistió trabajosamente con el emergente dominio británico, al igual que el genovés había coexistido con el emergente dominio holandés en la década de 1610 y principios de la de 1620. Éstos fueron períodos de transición, interregno., caracterizados por un dualismo de poder en las altas finanzas análogo al descrito por Charles Kindleberger (1973: 28 y passim), refiriéndose al dualismo angloamericano de la década de 1920 y principios de la de 1930. **p193**

la industria británica de bienes de capital experimentó un

tremenda expansión. La industria siderúrgica, en particular, adquirió una capa­ cidad muy superior a las necesidades de los tiempos de paz, como demostró la depresión postbélica de 1816-1820. Esta sobreexpansión creó, no obstante, las condiciones para un renovado crecimiento futuro, concediendo a los fundido­ res británicos incentivos sin precedentes en la búsqueda de nuevos usos para los baratos productos que podían fabricar sus nuevos hornos de grandes dimen­ siones (McNeill, 1984: 211-212).

**p194**

Si a ello añadimos la difusión contemporánea de la mecanización en la in­ dustria textil, estas innovaciones transformaron a la industria británica de bie­ nes de capital en un poderoso motor autónomo de expansión capitalista. **p 194**

Cuando la mecanización incrementó el número, la gama y la variedad de los bienes de capital fijo utilizables, las empresas que se especializaron en su producción buscaron enérgicamente nuevos mercados para sus mer­ cancías entre los competidores reales o potenciales de su clientela estable­ cida **p 194**

La continua liberalización unilateral del comercio británico creó, sin embargo, las condiciones para que se produjese una expansión de primera magnitud del comercio y de la producción mundiales. Los bienes de capital británicos encontraron una pronta demanda entre las organizaciones gubernamentales y empresariales de todo el mundo. Y estas organizaciones, a su vez, aceleraron su producción de inputs primarios destinados a ser vendidos en Gran Bretaña con el fin de procurarse los medios necesarios para pagar los bienes de capital o los intereses de las deudas contraídas para efectuar su com­ pra **p 194**

El efecto combinado de estas tendencias fue una aceleración de carácter sis­ témico de la tasa de conversión del capital-dinero en mercancías; particular­ mente, aunque no exclusivamente, en los nuevos medios de transporte terres­ tre y marítimo. Entre 18454849 y 1870-1875, las exportaciones británicas de hierro y acero destinadas a la construcción ferroviaria se triplicaron holgada­ mente y las exportaciones de maquinaria se multiplicaron por nueve. Durante el mismo período, las exportaciones británicas a América Central y del Sur, Oriente Medio, Asia y Australasia se sextuplicaron. La red que unía las diversas regiones de la economía-mundo con su centro británico se ampliaba y reforzaba a ojos vista **p 195**

desde aproximadamente 1870, la fase de expansión material (DM) del siglo XIX concluyó con una fase de expansión financiera (MD’)- Se trata, por supuesto, del período que los marxistas, siguiendo a Rudolf Hilferding, han denominado como la fiase del «capital financiero». Como era de esperar, Braudel se muestra contrario a la caracterización del «capital financiero» como una nueva fase del desarrollo capitalista **p 195**

La idea clave de este estudio, inspirado como se halla en la concepción de Braudel, que entiende las expansiones financieras como «signo otoñal» de las etapas fundamentales del desarrollo capitalista, corrobora naturalmente la opi­ nión de que el capitalismo financiero no era ningún recién nacido a principios del siglo XX, sino que contaba con importantes precedentes en Génova y en Amsterdam. **p 196**

No se in­ curre en contradicción alguna, sin embargo, al afirmar que se produjo una gran depresión en esa época de continua expansión en la producción y la inversión. Por el contrario, la Gran Depresión no fue un mito, precisamente porque la producción y el comercio en Gran Bretaña y en la economía-mundo en su con­ junto se habían expandido y se estaban expandiendo todavía demasiado rápi­ damente como para que los beneficios se mantuvieran. **p 198**

Más concretamente, la gran expansión del comercio mundial de mediados del siglo XIX, como todas las fases de expansión material de los anteriores ciclos sistémicos de acumulación, había conducido a una intensificación de las pre­ siones competitivas sobre las agencias de acumulación de capital que se sintió en todo el sistema **p 198**

Un número cada vez mayor de empresas comerciales, ubi­ cadas en lugares cada vez más diversos de la economía-mundo organizada alre­ dedor del Reino Unido, interfirieron entre sí en el abastecimiento de sus inputs y en la venta de sus productos, destrozando de este modo los «monopolios\* previos de las restantes; es decir, el control más o menos exclusivo de sus res­ pectivos nichos de mercado **p 198**

todas las expansiones materiales anteriores de la economía

mundo capitalista concluyeron con una intensificación de las luchas competiti­ vas. En realidad, durante aproximadamente treinta años esta intensificación, que marcó el fin de la expansión comercial mundial del siglo XIX, no asumió la forma de una guerra interestatal abierta, como había sucedido desde un principio en ocasiones anteriores. Este retraso puede imputarse a dos circunstancias funda­ mentales que distinguieron el tercer ciclo sistémico de acumulación (británico) de los dos anteriores. Una de estas circunstancias se refiere al «imperialismo», la otra al «libre comercio» del régimen británico de dominio y acumulación.

**p199**

En cuanto al «imperialismo», basta con señalar que cuando la expansión comercial mundial de mediados del siglo XIX comenzó a remitir, el poder bri­ tánico sobre el conjunto del sistema-mundo se hallaba en su apogeo

El control británico del equilibrio de poder europeo fue suplementado y completado por la consolida­ ción del imperio territorial británico en la India, tras el denominado Gran Motín de 1857. El control sobre la India significaba un dominio sobre recursos finan­ cieros y materiales, incluida mano de obra militar, que ningíin Estado o coali­ ción probable de Estados podía igualar y que ningún grupo gobernante podía, en esos momentos, desafiar militarmente.  **p 199**

Al mismo tiempo, el régimen unilateral de libre comercio impuesto por los británicos conectó al mundo entero con Gran Bretaña. Ésta se convirtió en el «mercado» más atractivo y eficiente para la obtención de medios de pago y de producción y para la enajenación de productos primarios.**p 199**

los Estados se hallaron «enjaulados\* en una división global de trabajo cuyo centro era Gran Bretaña, lo cual, en esos momentos, restringía su predisposición y sus recursos para declarar la guerra al Estado capitalista líder o para declarársela entre sí. Las unidades empresariales no sufrieron, sin embargo, una constricción similar. La encarnizada guerra de precios de finales del siglo XIX, prolongada y generaliza­ da, constituyó en si misma una intensificación fundamental de las luchas inter­ capitalistas; intensificación que finalmente asumiría la forma acostumbrada de una guerra interestatal generalizada. **p 199**

Por otro lado, como en todos los ciclos sistémicos de acumulación anterio­ res, la intensificación de las presiones competitivas producidas por la fase de expansión material hizo que, desde un principio, la clase capitalista británica abandonase masivamente la actividad comercial para involucrarse en la activi­ dad financiera. La segunda mitad del siglo XIX no se caracterizó únicamente por grandes olas de exportación de capital desde Gran Bretaña, como indica­ mos anteriormente, sino también por la expansión de sus redes bancarias pro­ vinciales y por la creciente integración de las mismas en las redes de la City **p 199**

Mientras la fase de expansión mercantil se caracterizó por una tasa de beneficios creciente, la función principal de las redes bancarias provinciales bri­ tánicas fue transferir recursos monetarios, básicamente en forma de créditos renovables y abiertos, desde las empresas locales, fundamentalmente agrarias, que contaban con un excedente de liquidez, hacia otras empresas locales que sufrían una escasez crónica de recursos líquidos, bien por su alta tasa de creci­ miento, por su elevado ratio de capital fijo respecto al capital circulante o por ambas circunstancias  **p 199**

Pero tan pronto como el gran salto hacia delante de mediados de siglo hizo que la expansión mercantil diera paso a una fase de rendimientos decrecientes y de intensificación de las presiones competitivas, las redes bancarias provinciales británicas comenzaron a desempeñar funciones completamente diferentes. Cada vez más, no se trataba ya Cínicamente de empresas agrícolas que ha­ bían acumulado grandes excedentes de tesorería (en parte procedentes de ren­ tas, en parte de beneficios), que superaban en gran medida lo que podía reinvertirse con seguridad y rentabilidad en sus arraigadas actividades empresariales. También las empresas comerciales e industriales, que hasta ese momento se habían expandido tan rápido que habían logrado absorber tanto su propio excedente de tesorería como el generado por otras empresas, comen­ zaron a percibir que la enorme masa de beneficios que estaban acumulando co­ lectivamente en sus cuentas y depósitos bancarios no podría invertirse ya segura y rentablemente en las actividades empresariales en las que se había obtenido **p 200**

muchos de estos empresarios deben haber escogido un senda mucho más inteligente de comportamiento.\* conservar la menor parte de su capital liquido y dejar que la City, mediante los bancos provinciales o direc­ tamente a través de írroJcers, se ocupase de la inversión del resto del mismo en la forma que fuese y en cualquier lugar de la economía-mundo que prometiesen los beneficios más seguros y elevados: «Uno de los mayores atractivos de unirse a Lombard Street fiie la perspectiva de un mayor y más remunerativo empleo de los excedentes de tesorería\*  **p 200**

Finalmente, como Hobson mismo vaticinó, el capitalismo financiero cos­ mopolita perdería el control de la «máquina imperial» como consecuencia di­ recta de su estímulo de las predisposiciones territorialistas de los grupos domi­ nantes de la Gran Bretaña imperial (Arrighi, 1983: cap. 4 y passim). Pero durante casi medio siglo la denominada haute finance funcionó, en palabras de Polanyi, «como el vínculo principal entre la organización política y eco­ nómica del mundo **p 201**

mundo. Esta red cosmopolita de las altas finanzas no era tan peculiar del último ter­ cio del siglo XIX y del primero del XX como pensaba Polanyi. Sus similitudes con la red cosmopolita que había regulado el sistema monetario europeo tres siglos antes durante la Era de los Genoveses son sorprendentes. Podemos afir­ mar realmente que los Rothschild fueron respecto a la red financiera judíogermana de finales del siglo XEX cuyo centro era Londres lo que los nobiíi vecchi habían sido respecto a la red genovesa de finales del siglo XVI. Ambos grupos fueron los «directores\*, no de la «máquina imperial\*, sino de las finanzas de la máquina imperial. Constituyeron grupos empresariales que, al acecho del be­ neficio y mediante las redes empresariales cosmopolitas que controlaban, ac­ tuaron como la «mano invisible\* de una organización imperial: la Gran Bretaña imperial y la España imperial, respectivamente. **p 202**

Había, por supuesto, importantes diferencias entre la Era de los Genoveses (1557-1627) y la que podemos denominar por analogía la Era de los Rothschild (1866-1931). En parte, estas diferencias reflejaban la escala y el alcance mucho mayores de las operaciones del capitalismo financiero cosmopolita en este segun­ do periodo.**p 204**

En parte, sin embargo, las diferencias entre la Era de los Genoveses y la Era de los Rothschild reflejaban los resultados opuestos de la estrategia de poder de sus respectivos socios territorialistas: la España imperial del siglo XVI y la Gran Breta­ ña imperial del siglo XIX. En este sentido, mientras la consolidación de la estruc­ tura de las altas finanzas de los Rothschild se halló vinculada con la «más drástica deflación que se pudiera recordar», como ha indicado Landes, la consolidación de las ferias de «Bisenzone», una vez que se instalaron en Piacenza, se halló vinculada con una inflación tan drástica que los historiadores se refieren a la misma como a la revolución de los precios del siglo XVI. Este comportamiento divergente de los precios durante las expansiones financieras del primer ciclo sistémico de acumu­ lación (genovés) y del tercero (británico) puede explicarse básicamente por el he­ cho de que durante el siglo XIX, Gran Bretaña tuvo éxito en la construcción por otros medios del tipo de imperio que España se afanó en vano por construir a me­ nor escala durante el siglo XVI. **p 204**

comparación con el siglo XVI. Resulta todavía más relevante para nuestro análisis que el comportamiento opuesto de los precios durante las expansiones financieras genovesa y británica, cualesquiera que sean las razones reales, demuestre palmariamente la hipótesis enunciada en la «Introducción\*: a saber, que la logística de los precios o los «ci­ clos seculares (de precios)\* no constituyen indicadores válidos del núcleo espe­ cíficamente capitalista de los procesos sistémicos de acumulación de capital. En este sentido, si utilizamos indicadores que reflejen más exactamente que los movimientos de precios las circunstancias diversas de las actividades comercia­ les realizadas con mercancías en las que se hallaron más directamente implica­ das las agencias capitalistas que manejaban las palancas de mando de la economía-mundo, la Era de los Genoveses y la Era de los Rothschild comienzan a mostrar una gran semejanza.**p 205**

ostrar una gran semejanza. Estos indicadores se muestran en las figuras 8 y 9. El gráfico A recoge los indicadores de la expansión global del comercio español durante el siglo XVI (Figura 8) y del comercio británico durante el siglo XEX (Figura 9). El gráfico B recoge los indicadores de la expansión de las actividades comerciales con mercan­ cías particulares que hicieron las fortunas de los genoveses durante el siglo XVI y las de los Rothschild durante el siglo XDÍ: plata (Figura 8) y algodón en rama (Figura 9), respectivamente. Todos los gráficos incluidos en estas figuras muestran variantes de una pau­ ta de comportamiento común que consiste en una fase de crecimiento rápi­ do/acelerado, que corresponde a nuestra fase de expansión material (DM), se­ guida por una fase de crecimiento más lento/desacelerado, que corresponde a nuestra fase de expansión financiera (MD!). En el gráfico 9A, esta pauta de comportamiento se ve, en cierto modo, perturbada por el agudo incremento del valor de las importaciones inglesas durante la I Guerra Mundial y los años inmediatos de posguerra. No obstante, aun si tomamos el todavía «anormal­ mente\* alto nivel de las importaciones británicas en 1921-1925 como base de cálculo, la tasa de crecimiento de las series durante los veinticinco años que si­ guieron a 18714875 fue, como media, inferior en más de un 50 por 100 a la que se había conocido durante los cincuenta años anteriores. **p 205**

las expansiones financieras de los ciclos de acumulación genovés y británico constituyeron los momentos culminantes de las expansiones comerciales mundiales, una centrada en España, la otra en Gran Bretaña. Las tendencias opuestas mostradas por los precios, características de las dos ex­ pansiones financieras, ocultan esta pauta común de comportamiento. En ambos ciclos, una fase de aceleración en la inversión de capital-dinero en la expansión del comercio mundial provocó una intensificación de la compe­ tencia intercapitalista en la compraventa de mercancías. En un caso, prevale­ ció el encarecimiento de los precios de compra; en el otro, la caída de los precios de venta. Pero cualquiera que fuese el impacto sobre el nivel general de precios, la intensificación de la competencia provocó una retirada, «pre­ cautoria\* o «especulativa», de los flujos de tesorería de la actividad comercial.Ello, a su vez, fue tanto la causa como la consecuencia de la emergencia de oportunidades rentables en las actividades de intermediación financiera mundial; oportunidades que grupos selectos de banqueros mercantiles y de financieros (los nobili vecchi genoveses a finales del siglo XVI, los Rothschild a finales del siglo XIX y principios del siglo XX) se hallaban en condiciones óp­ timas de aprovechar y rentabilizar. **p 207**

na tasa “razonable”». Durante el último cuarto del siglo XIX, una competencia de precios en­ carnizada había reducido de hecho los beneficios a niveles «irrazonablemen­ te» bajos, y el optimismo había dejado paso a la incertidumbre y a la desazón. En este sentido, la Gran Depresión de 1873-1896 no fue un mito. Como se­ ñaló Eric Hobsbawm (1968: 104), «si “depresión” significa un estado de áni­ mo omnipresente de desasosiego y pesimismo, y para las generaciones que crecieron después de 1850 un estado de ánimo nuevo, en cuanto a las pers

pectivas de la economía británica, la palabra es exacta». Pero en ese momen­ to, repentinamente, co

**p 207**

no había nada mágico en el restablecimiento de los beneficios por encima de un nivel más que «razonable\* y, todavía menos, en la consiguiente rápida recuperación de la burguesía europea de su enfermedad de finales del siglo XIX. Como en las fiases de conclusión de todos los ciclos sistémicos de acumulación anteriores, los Estados comenzaron a competir viva­ mente por el capital en busca de inversión que se había retirado de las activi­ dades comerciales y del cual podía disponerse en forma de crédito.**p 208**

Desde principios de la década de 1880, los gastos militares de las potencias europeas comenzaron a crecer de modo exponencial, incrementándose el total de los gastos conjuntos de Gran Bretaña, Francia, Alemania, Rusia, Austria-Hungría e Italia de 132 millones de libras en 1880 a 205 millones en 1900 y a 397 millo­ nes en 1914 (Hobsbawm, 1987: 350). Y cuando la competencia interestatal por el capital en busca de inversión se intensificó, los beneficios se recuperaron.**p 208**

En resumen, la Gran Depresión de 1873-1896 había sido ante todo una en­ fermedad de los hombres de negocios, deprimidos por la competencia «excesi­ va\* y por la existencia de beneficios «irrazonablemente\* bajos; igualmente, la «época dorada» de 1896-1914 fue fundamentalmente la recuperación de esta enfermedad provocada por la contención de la competencia interempresarial y el aumento de la rentabilidad. En cuanto a la expansión de la actividad comer­ cial, de la producción y de la renta de la clase trabajadora, apenas podemos ha­ blar de movimiento ascendente. Como todas las épocas doradas que han carac­ terizado las fases finales de los ciclos sistémicos de acumulación anteriores, la época fue dorada únicamente para una minoría e, incluso para esta minoría no duró demasiado tiempo. En pocos años, el «mido de sables», que era música celestial en los oídos de la burguesía europea en tanto que había hipertrofiado la rentabilidad por mor de la intensificación de la competencia interestatal por el capital en busca de inversión, se trocó en una catástrofe de la que el capita­ lismo del siglo XIX nunca se recuperaría.,**p 209**

En este aspecto, la Gran Bretaña eduardiana reprodujo, de forma tremen­ damente comprimida y bajo condiciones histórico-mundiales radicalmente di­ ferentes, algunas de las tendencias que ya habían operado en Florencia durante la primera expansión financiera de la economía-mundo europea. En ambas si­ tuaciones, la reubicación masiva de capital excedente procedente de la indus­ tria en las finanzas generó una prosperidad sin precedentes para la burguesía, en parte a expensas de la clase trabajadora. En la Florencia protomodema, la tendencia finalmente hizo que el capital financiero se hiciera con el gobierno de la ciudad; en la Gran Bretaña del siglo XIX, finalmente concluyó con el con­ trol del gobierno por parte del movimiento obrero organizado. Pero en ambas situaciones, la época dorada de la burguesía constituyó un signo de la sustitu­ ción del capitalismo existente.**p 210**

El «diluvio» para la República Holandesa llegó poco después con la Revo­ lución de los Patriotas entre principios y mediados de la década de 1780, «in­ suficientemente reconocida por lo que fue la primera revolución del conti­nente europeo, la precursora de la Revolución Francesa» (Braudel, 1984: 275), con la consiguiente contrarrevolución orangista y con el ocaso final de la República a manos de Napoleón. Nada similar sucedió, por supuesto, en Gran Bretaña tras la belie époque eduardiana. Por el contrario, la victoria en la 1 Guerra Mundial generó una ulterior expansión del imperio territorial bri­ tánico. Los costes del imperio, sin embargo, habían comenzado a superar en gran medida los beneficios que procuraba, preparando el terreno para su desmantelamiento por el gobierno laborista después de la II Guerra Mundial. Pero incluso antes de que el imperio fuera desmantelado, el colapso en 1931 del patrón-oro que sustentaba la libra británica, marcó la crisis terminal del dominio británico sobre el dinero mundial.**p 211**

## La dialéctica en­tre capitalismo y territorialismo

Como ha señalado Geoffrey Ingham, si los promotores de las reformas que condujeron, tras el fin de las guerras napoleónicas, al establecimiento del régimen del libre comercio/patrón-oro tuvieron intereses económicos específicos, éstos fueron los intereses de la actividad británica de intercambio e intermedia­ ción comercial, que había crecido y prosperado por mor de la captura del co­ mercio holandés y francés **p 211**

Antes y después de la gran expansión comercial de mediados del siglo XIX, el capitalismo británico se mostró a sus contemporáneos como una nueva va­ riedad de formas pretéritas de capitalismo de intercambio e intermediación comercial. Ésta era, en realidad, la similitud fundamental entre el régimen de acumulación británico y el anterior régimen de acumulación holandés. Como este último, el régimen británico se basaba todavía en el principio de la inter­mediación comercial y financiera; es decir, en el principio de comprar para re­ vender, de recibir para expedir, de abastecerse de todo el mundo para abastecer de nuevo al mundo entero.**p 212**

Como hemos puesto de relieve en el «Capítulo I\* y de nuevo al bosquejar el tercer ciclo sistémico de acumulación (británico), Gran Bretaña durante el siglo XIX siguió la senda de desarrollo de Venecia y de las Provincias Unidas; pero también siguió la de la España imperial o, más exactamente, la del complejo capitalista-territorialista ibero-genoves. Una vez que reconocemos esta estructura híbrida de la senda de desarrollo del capitalismo británico del siglo XIX, la tesis del «Estado policía», tal y como se aplicaba a la Inglaterra victoriana, se hace en realidad insostenible. «¿Qué tipo de policía era este que preparaba el terreno para cada actividad autónoma de los ocupantes del edifi­ cio y no sólo vigilaba los actos enemistosos provenientes del exterior, sino que dominaba eficazmente los siete mares y establecía puestos de vigilancia en cada uno de los continentes?»**p 213**

El «industrialismo» y el «imperialismo» de la Gran Bretaña del siglo XIX fueron, no obstante, aspectos integrales de su reproducción ampliada de las estrategias y estructuras del capi­talismo de intercambio e intermediación comercial veneciano y holandés. Gran Bretaña pudo ejercer sus funciones de centro neurálgico mundial de intercambio comercial e intermediación financiera a una escala que excedió con creces lo que sus predecesores jamás pudieron soñar, precisamente porque su actividad económica revistió un carácter industrial e imperial, que no tuvieron ni la actividad económica de Venecia ni la de las Provincias Unidas. **p 214**

El «industrialismo» y el «imperialismo» del régimen británico de acumulación, en comparación con el precedente régimen holandés, fueron expresiones de un doble movimiento, hacia delante y hacia detrás simultáneamente, **análogo al que había caracterizado la transición del primer ciclo sistémico de acumulación (genovés) al segundo (holandés).** Durante el siglo XVI y principios del siglo XVII, el régimen holandés de acumulación de capital a escala mundial desbancó al régi­ men genovés mediante un movimiento hacia delante que consistió en la intemalización de los costes de protección; igualmente, a finales del siglo XVIII y princi­ pios del siglo XIX, el régimen británico desbancó al régimen holandés mediante la intemalización de los costes de producción, cuya principal expresión estuvo cons­ tituida por el industrialismo. Y así como el régimen holandés había internalizado los costes de protección mediante un movimiento hacia atrás que consistió en una revitalización de las estructuras organizativas **del capitalismo monopolista de Estado veneciano,** el cual había sido desbancado por el régimen genovés, delmismo modo, **el régimen británico internalizó los costes de producción mediante una revitalización de las estructuras organizativas del imperialismo ibérico y del capitalismo financiero cosmopolita genovés,** que a su vez habían sido desbanca­ dos por el régimen de acumulación holandés. **p 214**

Entenderemos por «intemalización de los costes de producción» el proceso mediante el cual las actividades de producción se incluyeron en el ámbito organizativo de las empresas capitalistas y se sometieron a las tendencias de economización de recursos típicas de estas empresas. Empresas capitalistas es­ pecializadas en la producción habían existido, sin duda, mucho antes de que despegara el ciclo de acumulación británico. Este tipo de empresa, sin embargo, o bien no había desempeñado función alguna, o bien había tenido una fun­ ción secundaria y subordinada en la formación de los regímenes de acumula­ ción genovés y holandés. Las empresas capitalistas líderes de los ciclos genovés y holandés se hallaron implicadas típicamente en el comercio de larga distancia y en las altas finanzas, actividades que Braudel (1982: cap. 4) denomina el «suelo originario» del capitalismo, y mantuvieron alejadas, en la medida de lo posible, las actividades de producción de sus ámbitos organizativos. En el ciclo británi­ co, por el contrario, la acumulación de capital se basó en empresas capitalistas que se hallaban contundentemente implicadas en la organización y racionaliza­ ción de los procesos de producción.**p 214**

Para evaluar la naturaleza y el alcance de esta nueva «revolución organizati­ va» de la economía-mundo capitalista, es importante recordar que la distinción entre «comercio» y «producción» no es tan nítida como se presume habitual­ mente. La reubicación de los bienes en el espacio y en el tiempo, que de esto se trata en el comercio, puede implicar tanto esfuerzo humano y añadir tanto va­ lor de uso («utilidad») a los bienes así reubicados, como la extracción de los mismos de la naturaleza y la alteración de su forma y de su sustancia, que es lo que entendemos por producción en sentido estricto **p 215**

Casi ninguna actividad comer­ cial puede llevarse a cabo si no es en conjunción con algún tipo de producción, entendida en este sentido amplio o, incluso, en el sentido restringido ante­ riormente mencionado.**p215**

Las organizaciones capitalistas que se especializaron en el comercio de larga distancia siempre estuvieron implicadas en algún tipo de actividad productiva. Además de las actividades de almacenamiento, con frecuencia procesaban de al­ gún modo los bienes que compraban y vendían, y construían al menos algunos de los instrumentos e instalaciones requeridos para el almacenamiento, transporte y procesamiento de esas mercancías.**p 215**

Pero al margen de estas actividades, las organizaciones capitalistas líderes de los ciclos genovés y ho­ landés evitaron la producción tanto como pudieron: **p215**

Braudel añade inmediatamente, matizando en parte esta afirmación, que es­ tas ciudades fueron con frecuencia más conscientes de los inconvenientes que de las ventajas que suponía una externalización tal de la producción: «obsesio­ nadas por su dependencia de los países extranjeros (aunque en realidad tal era el poder del dinero que ésta se reducía a nada), todas las ciudades prominentes intentaron desesperadamente expandir su territorio y desarrollar su agricultura y su industria». Como resultado de ello, las ciudades-Estado italianas y Holanda posteriormente llegaron a caracterizarse: «1) por la existencia de una relación realmente “moderna” entre su población rural y urbana; 2) por un sector agríco­ la, en los casos en que existía, que tendía a dedicarse a cultivos destinados al mercado y que era la sede natural para la inversión capitalista... [yj 3) por un cierto número de industrias de objetos de lujo, que eran con mucha frecuencia las más rentables» **p 216**

La construcción naval, la producción de objetos de lujo, la construcción y la industria agrícola «moderna» no constituyeron únicamente excepciones a la tendencia de las ciudades-Estado a externalizar, tanto como fuera posible, los costes económicos y sociales de la producción. En ciertos períodos, incluso di­ latados, algunas de las ciudades-Estado acometieron uno u otro tipo de activi­ dad manufacturera.**p 217**

Braudel mismo señala que después de 1450 Venecia co­ menzó a desarrollar un amplio y diversificado aparato manufacturero y sugiere a continuación que fue probablemente inevitable que los grandes centros de intercambio e intermediación comercial se convirtiesen en centros manufactu­ reros. Dicho esto, se apresura a añadir que esta tendencia no desafió seriamen­ te la «primacía del capitalismo comercial sobre el capitalismo industrial hasta al menos el siglo XVIII». En cuanto a Venecia, no se produjo una expansión in­ dustrial real hasta 1580-1620. «En resumen, la industria parece haber contri­ buido a la prosperidad veneciana tan sólo en un momento muy tardío, como un contrapeso, una compensación, en aquellos momentos en que el clima era desfavorable, una situación muy similar... a la de Amberes entre 1558-1559»

La industria entendida simplemente como la realización de actividades no agrícolas de extracción y procesamiento contribuyó, no obstante, a la prosperidad de otras ciudades-Estado con gran precocidad y no fue, en absoluto, el resultado de la tendencia de los grandes centros de intercam­ bio e intermediación comercial a convertirse en centros manufactureros, ya que en primer lugar estas otras ciudades-Estado no eran grandes centros de intercam­ bio comercial. Éste fue el caso de Milán y Florencia, cuyos destinos durante la ex­ pansión comercial eurasiática de finales del siglo XIII y principios del siglo XIV se construyeron en gran medida a partir de la especialización en la producción in­ dustrial: **p 217**

Se desprende de ello que la tesis de Braudel relativa a la tendencia hacia la extemalización de los costes de producción mostrada por los centros que lide

raban la acumulación de capital, únicamente desplegó sus efectos cuando con­ cluyó la expansión comercial paneurasiática de finales del siglo XIII y principios del siglo XIV. Antes y durante esa expansión, las formas más avanzadas de empresa capitalista, fuera industrial, comercial o financiera, se desarrollaron, en su totalidad, en centros directamente implicados en procesos de producción, fun­ damentalmente en Florencia y en otras ciudades-Estado de la Toscana Tan pronto como la expansión se desvaneció, esta asociación del capitalismo con la industria dio paso a la disociación, y fue en Florencia, que sin duda contaba con las formas más avanzadas de empresa capitalista, en donde durante el si­ glo XIV se produjo del modo más expeditivo la desvinculación de la producción industrial.  **0218**

El capitalismo histórico como sistema-mundo nació, por consiguiente, del di­ vorcio y no de la unión de capitalismo y actividad industrial.**p 218**

La tesis de Braudel debe matizarse en otro aspecto para explicar el hecho de que la desvinculación de la producción, que marcó el nacimiento del capitalis­ mo histórico como sistema-mundo, no afectara a todos los centros de acumula­ ción de capital o a todas y cada una de las ramas de la actividad realizadas en los mismos.**p 218**

aunque Florencia se desindustrializó, Milán no lo hizo y con­ tinuó beneficiándose de la producción armamentística para toda Europa**p 218**

A fin de cuentas, sin embargo, la dinámica principal de la expansión finan­ ciera de finales del siglo XIV y principios del siglo XV tendió a la escisión de las formas más avanzadas de empresa capitalista de la producción. Esta tendencia se vio obscurecida durante la expansión financiera porque no se experimentó de modo uniforme a través del sistema de ciudades-Estado y todavía más por el hecho de que fue mucho más débil en Milán y Venecia, que eran las dos ciu­ dades-Estado que estaban emergiendo como grandes potencias en la política europea. Pero como las tendencias del próximo siglo y medio pusieron de evi­ dencia, el. poder estatal y el industrialismo constituían indicadores poco fiables de la autoexpansión del capital.**p 219**

Las burguesías expatriadas de Florencia y Génova, en donde la tendencia hacia la escisión del capitalismo de la producción había sido más fuerte, emergieron sin embargo como los dos miembros más prominentes del sistema de «nacio­ nes», y dominaron las altas finanzas y el comercio de larga distancia europeos durante el siglo XVI.**219**

En estas nuevas condiciones sistémicas, el hecho de que a finales del si­ glo XVI Venecia se involucrara exponencialmente en la producción industrial no parece haber sido, como sostiene Braudel, «un contrapeso», una compensa­ ción frente al irremediable declive comercial de la ciudad. Fundamentalmente en este momento de rápida industrialización, Venecia fue, como organización empresarial y, en menor medida, como organización gubernamental, víctima de sus extraordinarios éxitos anteriores. A finales del siglo XIV y principios del si­ glo XV, sus victorias marítimas contra Génova, su conquista de la Terraferma y su dominio del equilibrio de poder del norte de Italia habían hecho posible conjuntamente que Venecia absorbiese los efectos de la continua contracción económica mundial, sin necesidad de tener que reorganizar y reestructurar sus instituciones gubernamentales y empresariales. Y, sin embargo, las instituciones no reformadas del capitalismo monopolista de Estado veneciano se hallaban mal adaptadas para enfrentarse eficazmente a los desafíos planteados por la aparición ulterior de poderosos complejos capitalista-territorialístas, formados por la alianza de clases capitalistas cosmopolitas altamente especializadas (las denominadas «naciones») y Estados territorialistas igualmente especializados **219**

La diferenciación y el intercambio entre estos dos tipos de organización se basó en una división del trabajo en la que los Estados territorialistas se ocupa­ ron de la producción, incluida la producción de protección, y del comercio a corta distancia, mientras que las «naciones» capitalistas tomaron a su cargo la regulación monetaria transestatal y gran parte del comercio a laiga distancia. **220**

En esta estructura dominante, Venecia constituía un modelo híbrido: no era ni una poderosa «nación» capitalista ni un poderoso Estado territorialista. Consti­ tuía un vestigio de la era pasada de las ciudades-Estado capitalistas.

A finales del siglo XVI, Venecia, como organización gubernamental, todavía ejercía una considerable influencia sobre la política europea; pero como organización em­ presarial, había llegado a ser poco más que un engranaje del sistema genovés de las ferias de Piacenza. Este sistema convertía continuamente los superávits de la balanza de pagos generados por las industrias venecianas en recursos mediante los cuales los genoveses obtenían, en Amberes, asientos que les concedían un control cada vez más exclusivo sobre la plata americana entregada en Sevilla. A su vez, esto hizo posible que los genoveses se apoderasen de un modo cada vez más enérgico del superávit de la balanza de pagos veneciana; este proceso con­ tinuó en virtud de un interminable proceso causal y acumulativo mediante el cual la expansión industrial de Venecia se convirtió irremediablemente en un instrumento de la autoexpansión del capital genovés

**En este contexto histórico se sentaron originariamente los fundamentos del capitalismo británico del siglo XIX, en un intento de liberar a Gran Bretaña de la situación tremendamente frustrante en la que se hallaba, la cual se asemejaba en muchos aspectos a la de Venecia. Gran Bretaña, como Venecia en el siglo XVI, constituía un modelo híbrido: no era ni una organización territorialista su­ ficientemente fuerte para competir exitosamente con España y Francia, ni una organización capitalista suficientemente fuerte para competir con éxito con las «naciones» florentina y genovesa.** **p 220**

El que ambas fueran un modelo híbrido, no significa que perteneciesen a la misma especie.

Mientras que Venecia era un Estado capitalista que había sido víctima de sus éxitos pretéritos, Inglaterra era una organización territorialista víctima de sus errores pasados.

Los éxitos pretéritos se habían transformado en adquisi­ ciones territoriales y habían metamorfoseado a la burguesía veneciana en una aristocracia, que hizo que Venecia se asemejase a un pequeño Estado territoria­ lista similar a Inglaterra.

Los fracasos pasados se habían traducido en confina­ miento territorial y habían trocado a la aristocracia inglesa en una burguesía, que hacía que Inglaterra se pareciese a un gran Estado capitalista similar a Venecia.

Todas estas similitudes eran tremendamente engañosas, como lo atestigua que durante los próximos tres siglos Inglaterra continuase redefiniendo el mapa del mundo y se convirtiese simultá­ neamente en el Estado territorialista y capitalista más poderoso que se había conocido hasta el momento, mientras que Venecia perdía todo su poder e in­ fluencia residuales hasta ser barrida del mapa de Europa, primero por Napoleón y después por la Paz de Viena. **p 221**

*paginas siguientes hablan de desarrollo de inglaterra previo al ciclo de acumulacion, etapa de enrique viii , isabel i* ***predisposiciones territorialistas del Estado Ingles***

gimen holandés desbancó al régimen genovés. La reestructuración y la reorganización del Estado inglés, iniciadas bajo el reinado de Isabel, constituyeron un aspecto integral de esta transición. Como aconteció con la formación del Estado holandés, ambas fueron expresión y fac­ tor de las contradicciones que finalmente produjeron la caída del complejo ibérico-genovés.**p228**

la reestructuración y la reorganización de la era isabelina concedieron a Inglaterra una ventaja de partida sobre todos los demás Estados territorialistas, incluida Francia, el Estado-nación «modelo», en la lucha por la supremacía comercial mundial, que se hizo patente tan pronto como el régi­ men holandés comenzó a verse abrumado por sus propias contradicciones.

Tuvieron que transcurrir varias décadas antes de que la Royal Exchange pu­ diera satisfacer realmente las necesidades financieras del gobierno inglés e hicie­ ron falta más de dos siglos antes de que Londres pudiera rivalizar con Amsterdam como mercado monetario central de la economía-mundo europea. La estabili­ zación de la libra acometida en 1560-1561 y el establecimiento subsiguiente d

la Royal Exchange marcaron, sin embargo, para parafrasear a Max Weber, el nacimiento de un nuevo tipo de «alianza memorable» entre el poder del dinero y el poder de las armas. Indicó el inicio del nacionalismo en las altas finanzas.

**p229**

A finales del siglo XIV y principios del siglo XV, cuando nacieron las altas fi­ nanzas en el contexto y bajo el impacto de la intensificación de la competencia interestatal por el capital en busca de inversión, su sede se halló en determina­ das ciudades-Estado, fundamentalmente en Florencia, pero su clientela y orga­ nización fueron cosmopolitas en cuanto a orientación y estructura. «Alianza» es una palabra demasiado terminante para describir las laxas e inestables relacio­ nes que en ese momento existían entre las organizaciones más relevantes de las altas finanzas y cualquier miembro particular de su diversificada clientela. Pero el término describe correctamente la más importante de estas relaciones, la co­ nexión papal que conformó los destinos de los Medici.**p 229**

Las altas finanzas renacieron de nuevo durante el siglo XVI como un sistema de «naciones\* expatriadas cosmopolitas. El poder de estas organizaciones deri­ vaba todavía de la intensa competencia por el capital en busca de inversión que enfrentaba entre sí a los Estados que emergían en ese momento. Para explotar esta competencia y, simultáneamente, reforzar su propia posición competitiva, las «naciones\* estrecharon, sin embargo, verdaderas alianzas con diversos Esta­ dos particulares, siendo las más memorables las que unieron a los genoveses con España y a los florentinos con Francia. En ese momento, el fundamento primordial de las altas finanzas radicaba, por tanto, en una alianza entre Esta­ dos que se estaban convirtiendo en naciones, por un lado, y «naciones» extran­ jeras que a todos los efectos prácticos habían dejado de ser Estados, por otro.**p 229**

o. Si centramos, sin embargo, nuestra atención en el origen del industrialismo no considerado per se, sino entendido como un instrumento de acumulación de capital, la ho­ mologación de Inglaterra con otros países y la posterior superación de los mis­ mos en áreas tales como la minería de carbón, la metalurgia y otras industrias a gran escala, no representa la tendencia genuina que emergió en la época isabe­ lina. En sí misma, esta tendencia constituía la reafirmación, bajo nuevas for­ mas, de la misma pauta de comportamiento que ya había emergido en la ante­ rior expansión financiera de la economía-mundo europea; es decir, la pauta mediante la cual Inglaterra se apoderaba y se especializaba en actividades que incorporaban un bajo valor añadido, mientras que los principales centros de acumulación de capital retenían y se especializaban en actividades que incorpo­ raban un alto valor añadido. En la época isabelina no era esto todo lo que esta­ ba sucediendo. El aspecto más significativo del industrialismo inglés durante la misma radicó en que Inglaterra estaba comenzando a apoderarse de actividades que incorporaban un alto valor añadido, que entonces, como en la anterior ex­ pansión financiera, eran las industrias de producción de artículos de lujo y de productos bélicos. **p 233**

## LA D IA LÉC TICA ENTRE CAPITALISMO Y TERRITORIALISMO (II)

A D IA LÉC TICA ENTRE CAPITALISMO Y TERRITORIALISMO (II)

El largo período de gestación que separa la reestructuración y la reorganiza­ ción del Estado inglés de finales del siglo XVI y su subsecuente ascenso a la po­ sición de dominio de la economía-mundo europea se debió primordialmente a que la síntesis de capitalismo y territorialismo concebida por Gresham e Isabel carecía de un ingrediente esencial: la supremacía comercial mundial. A lo largo del siglo XVII, ésta siguió siendo prerrogativa del capitalismo holandés. Y mien­ tras ésta duró, no hubo volumen alguno de expansión industrial, ni grado de estabilidad monetaria que pudieran hacer que Inglaterra ocupase la posición dominante y abandonase la situación subalterna en la que se hallaba respecto a los procesos sistémicos de acumulación de capital. La expansión industrial de Venecia durante este mismo período significó la subordinación de la vieja ciudad-Estado al declinante régimen de acumulación genovés; igualmente, la ex­ pansión industrial inglesa supuso la subordinación del recién constituido Esta­ do-nación inglés al ascendente régimen holandés. **p 235**

|El intento de ocupar una posición más elevada en la jerarquía del valor añadido de las actividades de la producción textil y de eludir el centro de intercambio e intermediación comercial holandés se volvió contra los ingleses y su economía entró en una larga depresión, que intensificó la inestabilidad política doméstica y las tensiones socialesiComo veremos a continuación, la raíz primordial de es­ ta inestabilidad y de estas tensiones radicaba en otra parte. Pero su catastrófica .evolución, si bien emancipatoria, durante las décadas centrales del siglo XVII se halló profundamente ^condicionada por la constante supremacía del capitalis­ mo comercial sobre el capitalismo industrial en la economía-mundo europea globalmente considerad^**p 236**

En esta relación de fortalecimiento recíproco, la supremacía holandesa en el comercio mundial fue el ingrediente decisivo. Era relativamente fácil para los productores ingleses acabar su producto con una calidad técnica suficiente co­ mo para poder venderlo directa y competitivamente en los mercados del Báltico. Pero cuando a la hora de la verdad su paño terminado fue excluido del centro de intercambio comercial holandés, la calidad técnica y la competitividad en los procesos de fabricación dejaron de tener valor alguno. Por el contrario, mientras Amsterdam continuó siendo el centro neurálgico de intercambio e in­ termediación del comercio mundial, es decir, el lugar en que se encontraban los suministros provenientes del Báltico, del Mediterráneo, del océano Atlánti­ co y del océano Indico y se compensaba recíprocamente la demanda de los mismos, resultó relativamente fácil para los mercaderes y los fabricantes holan­ deses llegar a ser técnicamente competentes y económicamente competitivos en cualquier actividad industrial que resultase crucial para la reproducción am­ pliada de la supremacía comercial holandesa. **p 237**

Inglaterra fue la principal protagonista de la lucha para desviar el tráfico comercial de Amsterdam y quien ganó finalmente la misma. Las semillas de esta victoria fueron sembradas en la época isabelina. Sus frutos tan sólo pu­ dieron recogerse una vez que se dieron las condiciones internas y sistémicas apropiadas **p 237**

En la construcción del imperio comercial inglés, el despliegue de los recur­ sos militares se suplemento y completó mediante el despliegue de recursos di­ plomáticos y contractuales. La protección de los portugueses contra los holan­ deses y el apoyo prestado a aquéllos para conseguir su independencia de España preparó el terreno para la alianza anglo-portuguesa, que a su debido momento transformó de facto a Portugal y a su imperio en un protectorado bri­ tánico.**239**

Como ha sostenido Eric Williams (1964) en su estudio clásico, el circuito comercial mediante el cual ( 1) las manufacturas inglesas se intercambiaban por esclavos africanos, (2 ) los esclavos africanos por productos tropicales america­ nos y (3) los productos tropicales americanos por manufacturas británicas in­ crementó, en una coyuntura crítica, la demanda efectiva y los recursos de capi­ tal requeridos para el despegue de la «revolución industrial» británica.**239**

Aunque, de hecho, el comercio triangular atlántico constituyó para las manufacturas in­ glesas uno de los mercados más protegidos y dotados de mayor expansión (Davis, 1954; 1962), su contribución más importante y específica a la expansión de las redes de comercio, de acumulación y de poder inglesas fue promover el tras­ lado de la actividad de intercambio e intermediación comercial desde Amster­ dam a las ciudades portuarias inglesas. De nuevo, este tipo de actividad comer­ cial y todas las ventajas que llevaba aparejadas, incluida la competitividad industrial, fueron consecuencia del control ejercido sobre los suministros más estratégicos del comercio mundial.**p 239**

Hubo, sin embargo, una diferencia crucial entre la implantación de la su­ premacía comercial holandesa a finales del siglo XVI y la implantación de la in­ glesa a principios del siglo XVI11. La supremacía comercial holandesa se basó en una adhesión estricta a la lógica de poder capitalista (tal y como aparece condensada en la fórmula DTD’); por el contrario\* la supremacía comercial inglesa se basó en una síntesis armoniosa de la lógica de poder territorialista (TDT1) con la capitalista. Esta diferencia explica fundamentalmente el hecho de que, históricamente, las instituciones gubernamentales y empresariales inglesas se hallaran en condiciones de llevar a cabo procesos sistémicos de acumulación de capital a una escala mucho mayor de la que acometieron o pudieron permitirse sus predecesores holandeses.**p240**

Desde un principio, el imperio comercial holandés se formó y se expandió mediante la inversión en adquisiciones territoriales tremendamente selectivas y moderadas de los beneficios generados por el comercio con la región del Báltico, y por la detracción fiscal a la inversa impuesta sobre la España imperial por medio de la piratería y la actividad de los corsarios. La conquista y la incorpo­ ración de territorio a los dominios del Estado holandés y de sus compañías es­ tatutarias se limitaron a lo que era absolutamente esencial para la expansión rentable de la empresa holandesa. Mediante esta estrategia de poder, los ho­ landeses construyeron, enfrentándose al extenso imperio territorial ibérico, primero una patria pequeña y segura en los Países Bajos, «una isla fortificada» como ha denominado Braudel (1984: 202) a las Provincias Unidas, y después un imperio altamente rentable de bases comerciales que se extendían a lo largo del océano Atlántico y del océano índico.**p240**

En 1674, la VIC, enfrentándose a la quiebra, fue reorganizada como empre­ sa de tráfico de esclavos con rentables actividades colaterales, como el contra­ bando con la América española y la producción de azúcar en Surinam. Esta combinación hizo que los holandeses volvieran a desempeñar su papel congénito de intermediarios que extemalizaban cuanto podían sus costes de produc­ ción, mientras se concentraban en la adquisición del control exclusivo de los abastecimientos más estratégicos del comercio a larga distancia. Los abasteci­ mientos realmente estratégicos del comercio con la región del mar Báltico fue­ ron el grano y los pertrechos navales, y los del océano índico, las especias finas; por su parte, el producto estratégico primordial del comercio atlántico lo cons­ tituyeron los esclavos africanos. La VIC, acometiendo la racionalización de las anteriores prácticas portuguesas en la captura, transporte y comercialización de los esclavos africanos, se convirtió en pionera del comercio triangular atlántico**p241**

Como indicamos anteriormente, sin embargo, fue la empresa inglesa y no la holandesa quien finalmente se benefició en mayor medida de este infame tráfi­ co comercial. En el océano Atlántico, como en el océano Indico, los holandeses habían ocupado el lugar de las potencias de la Península Ibérica. Pero a dife­ rencia de lo que sucedía en el océano índico, en el que la Compañía de las In­ dias Orientales inglesa invirtió más de un siglo en eclipsar los resultados de la VO C y todavía más tiempo en expulsarla del negocio, el dominio holandés sobre los abastecimientos claves del comercio atlántico nunca fue sólido, resultando relativamente fácil para los ingleses ocupar la posición disfrutada por los holande­ ses, en cuanto las circunstancias internas y sistémicas lo permitieron. **p 242**

Este resultado diverso de los holandeses respecto a la actividad comercial inglesa en el océano Indico y en el océano Atlántico se halló estrechamente re­ lacionado con la diferencia crucial que existía entre las dos áreas de expansión comercial.

La clase capitalista holandesa, siendo probablemente muy consciente de esta diferencia, se concentró en el océano índico antes que en el océano Atlántico, entendiendo que era el área en la que se podían replicar con mayor probabili­ dad los logros obtenidos en sus actividades comerciales con la región del mar Báltico, y reforzar y ampliar, por lo tanto, la función de Amsterdam como cen­ tro neurálgico de almacenamiento y distribución del comercio mundial y cen­ tro de intermediación de las finanzas mundiales.

El extraordinario y temprano éxito con el que los holandeses lograron reorganizar el sistema comercial del océano Indico para conseguir imponer su control sobre el abastecimientos de especias finas, centra­ lizó en Amsterdam un tráfico que, en el siglo XVI, todavía era objeto de disputa por parte de los diversos centros de intercambio comercial: Amberes, Venecia, Lisboa y Sevilla.

Las dificultades que encontraron los holandeses para replicar mediante la W IC en el océano Atlántico lo que habían conseguido por medio de la VOC en el océano índico eran sintomáticas de los limites, producto de la propia ra­ cionalidad capitalista, que pesaban sobre la expansión comercial holandesa.**p 243**

En las circunstancias de esos momentos, la aplicación de esta racionalidad capita­ lista a las actividades de construcción del Estado y de organización de la guerra significaba una subordinación implacable de la expansión territorial a la obten­ ción de beneficios.

La adherencia estricta a este principio había constituido la clave del éxito de los holandeses en la actividad comercial desarrollada tanto en la región del mar Báltico, como en el océano índico. Pero también había im­ puesto un límite espacio-temporal insuperable a la expansión de esos éxitos. Es­ te límite consistía en la absoluta y comparativamente reducida base territorial y demográfica del poder holandés.

Durante la primera mitad del siglo XVII, no constituyó en absoluto un pro­ blema para la expansión comercial holandesa disponer de una base territorial y demográfica reducida. El mayor control sobre el capital en busca de inversión podía convertirse fácil y eficazmente en los medios de protección (fortificacio­ nes y armamento) y en la filena de trabajo necesarios para adquirir y conservar el control sobre una pequeña base territorial doméstica. En el que era el mer­ cado de trabajo europeo más libre de mano de obra militar que había existido hasta la fecha o que existiría después, la buena reputación de los holandeses como patrones solventes les hizo disponer de reservas prácticamente ilimitadas de mano de obra. Así, de las 132 compañías que en 1600 constituían el ejército «holandés\*, tan sólo 17 eran realmente holandesas; las restantes eras inglesas, francesas, escocesas, valonas y alemanas (Gush, 1975: 106).

El triunfo de la lógica de poder capitalista holandesa sobre la lógica territorialista de España no podía haber sido más completa. Precisamente en ese momento de triunfo, sin embargo, la lógica vencedora comenzó a mostrar sus límites. En el momento mismo en que su triunfo se institucionalizaba median­ te los tratados de Westfalia, las energías y los recursos de los Estados territoria­ listas, liberados de su previa implicación recíproca en Europa, se hallaron dis­ponibles para desafiar la supremacía comercial y naval de los holandeses. Y al igual que en el anterior período de lucha los holandeses habían movilizado efi­ cazmente su mejor gestión del capital en busca de inversión para neutralizar la supremacía territorial ibérica, ahora los ingleses, los franceses y las propias po­ tencias de la Península Ibérica se sintieron más libres que nunca para movilizar su mejor gestión del territorio y de la fuerza de trabajo para minar la supremacía comercial holandesa.**p245**

Esta supremacía era más vulnerable en el océano Atlántico, en donde no podía reproducirse simplemente mediante el control de los puertos comercia­ les, como era factible hacer en el océano índico. En el océano Atlántico, el control comercial sobre las áreas de producción era al menos tan importante como el control sobre los puertos comerciales, y para imponer y conservar el control sobre las áreas de producción, el dominio sobre el excedente de mano de obra resultaba más importante que el dominio sobre el capital excedente.

La misma adherencia estricta a la lógica de poder capitalista que había permi­ tido a los holandeses triunfar sobre el territorialismo ibérico les impedía en estos momentos competir eficazmente en la lucha por la supremacía comercial en el Atlántico. El fracaso de la aventura brasileña había constituido un presagio de que lo peor aún estaba por llegar. Y llegó con las Leyes de Navegación de 1651 y 1660, mediante las que el Parlamento inglés reforzó su control sobre las colonias inglesas y concedió a la flota inglesa el monopolio sobre el comercio con las mismas. A lo largo de las consiguientes guerras anglo-holandesas, los holandeses reafirma­ ron su superioridad naval, pero no pudieron impedir que los ingleses pusieran en vigor las Leyes de Navegación y, mediante las mismas, construyeran un imperio comercial propio en competencia con el suyo.

Los días de la supremacía comercial holandesa, no obstante, estaban lejos de su fin. Las tasas más elevadas de beneficio se obtenían todavía en el comercio asiático, y la posición neurálgica ocupada por Amsterdam como centro de in­ tercambio comercial y como centro de intermediación financiera empezaba tan sólo a ser erosionada. Pero la situación se estaba invirtiendo. Paulatinamente,las mayores tasas de beneficio obtenidas por la VO C en el comercio de reduci­ do volumen realizado con especias procedentes del océano índico se veían más que compensadas por la mayor masa de beneficios obtenida por la empresa in­ glesa en actividades comerciales de gran volumen, no únicamente en el comer­ cio atlántico, sino también en el comercio de mercancías procedentes de las Indias orientales (Arrighi, Barry Hisaeda, 1993). **p 246**

La expansión del comercio atlántico de gran volumen, fuese rentable o no, fuese inglés, francés o hispano-portugués, y del establecimiento y colonización que le siguió tuvo todavía peores consecuencias para los holandeses, ya que hi­ zo evidente la escasez latente de mano de obra que amenazaba la vitalidad de la empresa holandesa. El número de marineros holandeses disponibles para pres­ tar sus servicios en la armada y en los viajes oceánicos comenzó a declinar en los años que siguieron al Tratado de Utrecht. Esto no fue accidental. Durante la Guerra de Sucesión Española, el Tratado de Methuen (1703) había garanti­ zado a Inglaterra el acceso privilegiado a los mercados domésticos y coloniales portugueses y al suministro en rápida expansión del oro brasileño; el Tratado de Utrecht (1713) le había concedido el control exclusivo del comercio de es­ clavos con la América española. La época dorada de la expansión atlántica in­ glesa había comenzado, y cuando otros Estados territorialistas se afanaron por seguir el ritmo de Inglaterra, la demanda europea de mano de obra marinera comenzó a superar a la oferta.

Mil setecientos cuarenta es el año que, siguiendo a Braudel, hemos tomado como momento en el que la fase de material expansión (DM) de la economía' mundo capitalista centrada alrededor de los holandeses se transformó en la fase de expansión financiera (MD’). **247**

Aunque la huida del capital excedente holandés en búsqueda de inversiones inglesas adquirió proporciones enormes únicamente en estos momentos, esa transferencia ya había comenzado aproximadamente treinta años antes, tras la finalización de la Guerra de Sucesión Española. La gue­ rra había demostrado con indudable certeza que el ascenso del poder inglés por mar y del poder francés por tierra habían creado una situación en la que los ho­ landeses carecían de cualquier ventaja competitiva específica en la lucha por el poder europeo. La pugna entre las potencias inglesa y francesa concedió a los ho­ landeses un amplio espacio de maniobra para preservar su independencia política y su libertad de acción económica. Se tradujo también en una mayor inflación de los costes de protección holandeses y de su deuda nacional.

Al mismo tiempo, la Guerra de Sucesión Española había agudizado todavía más la ventaja competitiva de los ingleses en su lucha por la supremacía comer­ cial en el océano Atlántico y por el control sobre una mayor cuota de la activi­ dad de intercambio e intermediación comercial.

No había nada que el capital holandés pudiera hacer para impedir que los ingleses explotasen totalmente es­ ta ventaja competitiva a expensas de los propios holandeses. Lo que sí podía hacer, y pronto lo hizo, era reclamar una parte de los ingresos que iba a generar en el futuro la expansión comercial y territorial de Gran Bretaña, invirtiendo en deuda nacional inglesa y en el mercado de valores inglés.

La tendencia del capital holandés a dejar de apostar por las inversiones ho­ landesas y a optar por inversiones inglesas se reforzó por mor de la unión di­ nástica que se produjo entre Inglaterra y las Provincias Unidas con el acceso de Guillermo de Orange al trono inglés.

Poco más podía pedir un acreedor y asi, durante la década de 1710, el capi­ tal excedente holandés comenzó a abandonar precipitadamente la sobrecargada «nave» holandesa para saltar a la inglesa, con la esperanza de aprovecharse sin coste alguno del expansivo comercio atlántico y de la consiguiente coloniza­ ción. **p 248**

El momento de mayor expansión de la inversión holandesa en títulos ingle­ ses se produjo entre 1756 y 1763, durante la Guerra de los Siete Años. Esta guerra constituyó el punto de inflexión decisivo en la lucha por la supremacía comercial mundial librada entre Inglaterra y Francia, lo cual hace que exista cierto grado de verdad en la afirmación realizada por Charles Wilson (1966: 71) de que, sin la contribución del capital holandés, la victoria final de Inglate­ rra sobre Francia podría haber sido mucho más difícil de lo que realmente fue.

**249**

Básicamente, sin embargo, los holandeses simplemente ayudaron a concluir un largo proceso histórico que ni habían iniciado ni podían detener por mucho que hubieran querido hacerlo, dado que la victoria inglesa señalaba el despla­ zamiento de los holandeses de los puestos de mando de la economía-mundo capitalista.

Como hemos sostenido hasta este momento, los orígenes inmediatos de esta dilatado proceso histórico se encuentran en la formación de un nuevo tipo de organización gubernamental y comercial durante la segunda mitad del siglo XVI. Este nuevo tipo de organización era el Estado-nación inglés, nacido de la reestructuración efectuada por la alianza entre los banqueros mercantiles ingle­ ses, que en la primera mitad del siglo XVI habían sido un componente subordi­ nado del conjunto de «naciones» cosmopolitas que regulaban el sistema mone­ tario y comercial europeo desde Amsterdam y otras mercados europeos, e Isabel, que a mediados de siglo había heredado un gobierno en bancarrota por los intentos fallidos efectuados por la dinastía de los Tudor de recuperar la pre­ eminencia de Inglaterra en la política europea.

Esta alianza constituyó una de las diversas combinaciones de capitalismo y territorialismo que emergieron de la obsolescencia de las ciudades-Estado, las cuales habían sido los principales centros de acumulación de capital de la economía-mundo europea y de la cons­ tante competencia interestatal por el capital en busca de inversión.

A lo largo de todo el siglo XVI, las más importantes y poderosas de todas estas combinaciones fueron aquellas laxas alianzas entre «naciones» capitalis­ tas y Estados territorialistas, que caracterizaron tanto al bloque íbero-genovés como al franco-florentino. A finales de siglo, sin embargo, el poder de estas alianzas laxas fue paulatinamente erosionado por su mutua hostilidad y com­ petencia, y por la emergencia de bloques nacionales más compactos y flexi­ bles, formados en oposición antagonista a la dominación financiera y política del complejo íbero-genovés. Los holandeses y los ingleses constituyeron los ejemplos más sobresalientes de estos últimos. Aunque ambos bloques se for­ maron mediante la unión de un componente capitalista y un componente territorialista, el Estado holandés fue mucho más capitalista en estructura y orientación que el Estado inglés, el cual, sin embargo, fue desde un princi­ pio, y continuó siéndolo durante los siglos XVII y XVIII, mucho más capitalista en estructura y orientación que cualesquiera de los restantes Estados territo­ rialistas de Europa.

En el siglo XVII, la estructura y la orientación más estrictamente capitalistas del Estado holandés dotaron al capital holandés de una ventaja competitiva decisiva en la lucha que libraba para apropiarse de los despojos del imperio terri­ torial hispa no-portugués, que se hallaba en vías de desintegración.

Tan pronto como los Estados territorialistas siguieron, sin embargo, la senda holandesa de desarrollo, dotándose progresivamente de una estructura y de una orientación más capitalista y apostando por la expansión comercial de ultramar, como su­ cedió desde finales de siglo XVII, la sumamente flexible estructura holandesa dejó de ser una ventaja competitiva decisiva para convertirse en un obstáculo insuperable.

En la subsiguiente lucha por la supremacía comercial, la ventaja competitiva se desplazó a los Estados territorialistas que estaban internalizando el capitalismo. Fue entonces cuando el Estado inglés, que había llevado esa internalización más lejos que cualquier otro Estado territorialista y que había reencauzado, pero no perdido, sus predisposiciones territorialistas, actuó para ocupar la posición más preeminente.

Plassey no podía iniciar la Revolución Industrial y, de hecho, no la inició por la simple razón de que lo que habitualmente se entiende por ésta era el ter­ cer y último período de un proceso histórico que había comenzado varios siglos antes. Los tres períodos de este proceso histórico fueron períodos de una rápi­ da expansión industrial en Inglaterra, al menos según los criterios de las épocas en las que estas expansiones se produjeron, y de expansión financiera en el conjunto de la economía-mundo capitalista. El primer período consistió en la rápida expansión de la industria textil inglesa, que tuvo lugar durante la expan­ sión financiera liderada por los florentinos a finales del siglo XIV y principios del siglo XV; el segundo período consistió en la veloz expansión de las indus­ trias metalúrgicas inglesas durante la expansión financiera liderada por los ge­ noveses a finales del siglo XVI y principios del siglo XVII, y el tercer período, la denominada Revolución Industrial, consistió en la rápida expansión de las in­ dustrias textiles y metalúrgicas inglesas que se produjo durante la expansión fi­ nanciera liderada por los holandeses a lo largo del siglo XVIII.**p250**

este tercer período explotó el repertorio de las técnicas industriales y empresariales que se habían puesto a punto en el segun­ do período del proceso, y con toda probabilidad, lo mismo puede decirse de este segundo período respecto al primero. Nuestra tesis, sin embargo, ha sido que el principal vínculo histórico entre los tres momentos de la expansión industrial inglesa fue sistémico y no local.**p 251**

Esto significa que cada uno de ellos fue parte integrante de una expansión financiera, de una reestructuración y de una reor­ ganización de la economía-mundo capitalista en la cual Inglaterra se hallaba in­ corporada desde un principio.

Los períodos de expansión financiera consti­ tuían momentos invariables de intensificación de las presiones competitivas sobre las organizaciones gubernamentales y empresariales que integraban el sis­ tema comercial y el sistema de acumulación europeos. Bajo estas presiones, la producción agroindustrial declinaba en algunos puntos y aumentaba en otros, básicamente como respuesta a las ventajas y desventajas posicionales en la cam­ biante estructura de la economía-mundo. Y en las tres expansiones financieras, los «dones» de la historia y de la geografía hicieron de Inglaterra una sede parti­ cularmente apta para uno u otro tipo de expansión industrial.

Lo que finalmente permitió a Inglaterra superar esta subordinación y con­ vertirse en el nuevo patrón y organizador de la economía-mundo capitalista no fiie la nueva aceleración que experimentó la expansión industrial como conse­ cuencia de las guerras napoleónicas. Fue, en realidad, la reconducción previa de las energías y recursos ingleses desde el industrialismo hacia la expansión comercial y territorial de ultramar. La larga pausa de un siglo de duración de la expansión industrial inglesa tras 1640 {que deja perplejo a Nef) fue, en parte, reflejo del cambio de coyuntura en la economía-mundo europea tras Westfalia.**p251**

También explicitó la concentración de las energías y de los recursos ingleses en la tarea de transferir el control de la actividad de intercambio e intermediación comercial de manos holandesas a manos inglesas, con el fin de convertir un obstáculo esencial para la expansión del poder y de la riqueza ingleses en un arma formidable de la misma.

Aquí radica el verdadero significado histórico del saqueo de Plassey. Cuan­ do Inglaterra remplazó a Amsterdam como centro neurálgico de intercambio e intermediación del comercio mundial, las industrias inglesas comenzaron a ge­ nerar flujos de tesorería mucho mayores de los que podían reabsorber renta­ blemente, de modo que no existía ni la necesidad ni el espacio para incorporar el producto del saqueo de Plassey a su prodigiosa expansión de finales del siglo XVIII. Las altas finanzas británicas, sin embargo, no sólo precisaban imperiosa­ mente del producto del saqueo, sino también de la corriente de tributo impe­ rial de la que éste constituía tan sólo un anticipo. El tributo imperial proceden­ te de la India y de otras fuentes coloniales, reforzando la calidad de la solvencia crediticia de Gran Bretaña en la crítica coyuntura de la lucha por el poder eu­ ropeo y liberándola, además, de una vez por todas de su dependencia del capi­ tal extranjero, hizo realidad finalmente el sueño de Gresham. El Estado y el ca­ pital británicos pudieron demostrar a todo el mundo qué tipo de poder obtenía cada uno de ellos de su unión en un bloque nacional cohesionado. El hecho de que los cimientos fundamentales del poder de este bloque nacional fuesen imperiales seguramente no hubiera sorprendido o desagradado a Gresham, y no digamos a Isabel 1.**p252**

*Las funciones de «taller» y de «centro de intercambio e intermediación comer­ cial» ejercidas por Gran Bretaña durante el siglo XIX, lejos de hallarse en contradic­ ción entre sí, fueron las dos caras de un mismo proceso de formación del mercado mundial, que se reforzaron recíprocamente.*

*Este proceso ha sido la fuente y la matriz de nuestros tiempos y constituirá el objeto de la primera sección del «Capí­ tulo 4».*

**Antes de proceder a su estudio, sin embargo, conviene que nos detengamos para desvelar la lógica subyacente que opera en la recurrencia de los ciclos sistémi­ cos de acumulación y en la transición de un ciclo a otro.** **p 256**

## SÍNTESIS RETROSPECTIVA Y PROYECCIÓN PROSPECTIVA

Joseph Schumpeter (1954: 163) observó en una ocasión que en cuestiones de desarrollo capitalista un siglo corresponde al «corto plazo». En realidad, en cuestiones de desarrollo de la economía-mundo capitalista, un siglo ni siquiera corresponde al «corto plazo». Así, Immanuel Wallerstein (1974a; 1974b) tomó prestada de Braudel la noción de «largo siglo XVI» (1450-1640) como la unidad pertinente de análisis de lo que en su modelo constituye la primera etapa (formativa) de la economía-mundo capitalista. Eric Hobsbawm (1987: 8-9), de mo­ do similar, habla de un «largo siglo XIX» (1776-1914) como el marco temporal adecuado para el análisis de lo que él contempla como la etapa liberal-burguesa (británica) del capitalismo histórico.**p 256**

En una línea similar, la noción de un largo siglo XX se adopta en este estu­ dio como el marco temporal adecuado para el análisis del origen, total expan­ sión y sustitución final de las agencias y estructuras del cuarto ciclo sistémico de acumulación (estadounidense). Como tal, el largo siglo XX no constituye sino el último eslabón en una cadena de etapas constituidas por siglos largos que se solapan parcialmente entre sí y mediante los que la economía-mundo capitalis­ ta europea ha llegado a incorporar a la totalidad del planeta en un denso siste­ ma de intercambios. **p 256**

Las etapas, y los siglos largos que las constituyen, se sola­ pan porque, como norma, la agencia y las estructuras de acumulación típicas de cada una de las mismas han pasado a ocupar una posición preeminente en la economía-mundo capitalista durante la fase de expansión financiera (MD’) de la etapa precedente.

Desde este punto de vista, el cuarto ciclo sistémico de acumulación (estadounidense) no constituye una excepción. El proceso me­ diante el cual se crearon las instituciones gubernamentales y empresariales típi­ cas de este ciclo y de esta etapa constituye un elemento esencial del proceso mediante el que las instituciones gubernamentales y empresariales del ciclo y de la etapa precedentes (británicos) fueron sustituidas; sustitución que comen­ zó durante la Gran Depresión de 1873-1896 y la concomitante expansión fi­ nanciera del régimen británico de acumulación de capital.

La Figura 10 presenta el esquema temporal que hemos adoptado en nuestra dis­ cusión de los tres primeros ciclos sistémicos de acumulación, ampliándose hasta in­ cluir la parte del cuarto ciclo (estadounidense) que se ha materializado hasta el mo­ mento actual.

La principal característica del perfil temporal del capitalismo histórico bosquejado en este estudio es la estructura similar que presentan todos los siglos largos. Todos ellos constan de tres segmentos o períodos distintos:

(1) un primer pe­ ríodo de expansión financiera (que se extiende de Sn.i a T^), a lo largo del cual el nuevo régimen de acumulación se desarrolla en el interior del viejo, siendo su desa­ rrollo un aspecto integral de la expansión global y de las contradicciones de este úl­ timo;

(2 ) un período de consolidación y posterior desarrollo del nuevo régimen de acumulación (que abarca de Tlv] a S„), durante el cual sus agencias líderes promue­ ven, controlan y se aprovechan de la expansión material de la economía-mundo en su conjunto;

(3) un segundo período de expansión financiera (que va de S na T J, en el curso del cual las contradicciones del régimen de acumulación totalmente desa­ rrollado crean el espacio para la emergencia de regímenes competitivos y alternati­ vos que agravan esas contradicciones; uno de éstos se convertirá finalmente (es de­ cir, en el momento T J en el nuevo régimen dominante.

**p 257**

Utilizando una expresión acuñada por Gerhard Mensch (1979: 75), denomina­ remos el comienzo de cada expansión financiera y, por tanto, de cada siglo largo, la «crisis-señal»**p258**del régimen dominante de acumulación

En este momento, la agencia líder de los procesos sistémicos de acumulación co­ mienza a desinvertir cantidades cada vez mayores de capital del comercio y de la producción, y a invertirlas en la intermediación y en la especulación financieras

Este desplazamiento es la expresión de una «crisis», ya que señala un «punto de in­ flexión», un «tiempo crucial de decisión», en el que la agencia líder de los procesos sistémicos de acumulación emite, mediante este desplazamiento, un juicio negativo sobre la posibilidad de continuar aprovechándose de la reinversión del capital exce­ dente en la expansión material de la economía-mundo, y un juicio positivo sobre la posibilidad de prolongar temporal y espacialmente su liderazgo/dominación me­ diante una mayor especialización en las altas finanzas

Esta crisis es la «señal\* de una crisis sistémica subyacente más profunda, que sin embargo el desplazamiento a las altas finanzas anticipa en ese momento. En realidad, este desplazamiento puede de­ sencadenar otro proceso: puede transformar el fin de la expansión material en una «época dorada» de renovada riqueza y poder para sus promotores y organizadores, asumiendo dimensiones y formas tan variadas como ha sucedido de hecho en los cuatro ciclos sistémicos de acumulación.

Por muy dorada que pueda ser esta época para aquellos que se benefician en mayor medida de esta conclusión de la expansión material de la economía-mundo, nunca ha sido la expresión de la resolución duradera de la crisis sistémica subyacen­ te. Por el contrario, siempre ha constituido el preámbulo de la profimdización de tal crisis y de la sustitución final del régimen de acumulación todavía dominante.

De­ nominamos «crisis terminal» al hecho, o serie de hechos, que conducen a esta susti­ tución final (Tb T2, T3 en la Figura 10) del régimen de acumulación dominante has­ ta ese momento, y entendemos que la misma indica el fin del siglo largo que engloba el ascenso, la total expansión y el declive de ese régimen.

Como todos los anteriores siglos largos, el largo siglo XX se halla constituido por tres segmentos específicos. El primero comienza en la década de 1870 y se prolonga hasta la década de 1930, es decir, desde la crisis-señal hasta la crisis terminal del régimen de acumulación británico. El segundo se extiende desde la crisis terminal del régimen británico hasta la crísis<señal del régimen esta­ dounidense, una crisis que nosotros situamos alrededor de 1970. Y el tercer y último segmento abarca desde 1970 hasta la crisis terminal del régimen esta­ dounidense.

A nuestro juicio, esta última crisis todavía no se ha producido, por lo cual analizar este segmento significa, en realidad, investigar el presente y el futuro como parte de un continuo proceso histórico que presenta elementos tanto de novedad como de recurrencia en comparación con las fases de conclu­ sión (MD’) de todos los anteriores ciclos sistémicos de acumulación.**258**

Nuestra preocupación primordial en esta investigación histórica del presente y del futuro será proporcionar un cierto número de respuestas plausibles a dos cuestiones estrechamente interrelacionadas entre si**p 259**

(1) ¿Qué fuerzas están preci­ pitando la crisis terminal del régimen estadounidense de acumulación y en qué plazo debemos esperar que se produzca ésta y, por tanto, finalice el siglo XX?

(2) ¿Qué sendas alternativas de desarrollo se abrirán a la economía-mundo capitalista una vez que el siglo XX haya terminado?

En la búsqueda de respuestas plausibles a estas preguntas tendremos en cuenta una segunda característica del perfil tempo\* ral bosquejado en la Figura 10. Se trata de la aceleración del ritmo de la historia capitalista ya mencionado en la «introducción».

Aunque todos los siglos largos descritos en la Figura 10 constan de tres segmentos análogos y todos ellos duran más de una centuria, a lo largo del tiempo los siglos largos se han contraído. A medida que nos movemos desde las etapas iniciales a las posteriores del desarrollo capitalista, los regímenes sistémieos de acumulación han invertido menos tiempo en configurarse, desarrollarse totalmente y ser sustituidos.

Existen dos modos de medir este hecho.

El primero consiste en medir la duración de los siglos largos en si mismos.

Lo que hemos denominado el largo siglo XV-XVI abarca casi toda la duración del «largo siglo XVI» de Braudel y Wallerstein más el siglo que fue testigo de las Guerras de los Cien Años, la «ita­ liana» y la «anglo-francesa», durante el cual alcanzó su apogeo la expansión fi­ nanciera liderada por los florentinos y se formaron las estrategias y estructuras del futuro régimen de acumulación genovés. Se extiende desde el gran crash de principios de la década de 1340 hasta la conclusión de la Era de los Genoveses, aproximadamente 290 años más tarde

Otro modo de captar la aceleración del ritmo de la historia capitalista es comparar los períodos de tiempo que separan la sucesivas crisis-señal. Este mé­ todo presenta dos ventajas.

En primer lugar, la datación de las crisis-señal es mucho menos arbitraria que la de las crisis terminales. Estas últimas se produ­ cen en períodos de dualismo de poder y de turbulencia en las altas finanzas. No resulta fácil escoger la «verdadera» crisis terminal del régimen declinante entre las sucesivas crisis que marcan la transición de un régimen a otro. Las crisisseñal, por el contrario, se producen en períodos de orden relativamente estable de la economía-mundo capitalista y como tales resultan más fáciles de identifi­ car. U na medición que tenga en cuenta tan sólo las crisis-señal es, por lo tanto, más fiable que una que considere tanto crisis-señal como crisis terminales.

demás, comparando los períodos de tiempo que separan las sucesivas crisis-señal no contamos dos veces los períodos de expansión financiera y pode­ mos efectuar una observación suplementaria. La historia capitalista hasta la fe­ cha abarca únicamente tres siglos largos, ya que el largo siglo XX todavía no ha concluido. **p 260**

Disponemos, sin embargo, de cuatro crisis-señal para identificar los períodos de crisis, dado que la crisis-señal del régimen de acumulación esta­ dounidense ya se ha producido. Estos períodos miden el tiempo que han inver­ tido los sucesivos regímenes para convertirse en dominantes tras la crisis-señal del régimen de acumulación precedente y para alcanzar los límites de sus pro­ pias capacidades para continuar aprovechándose de la expansión material de la economía-mundo.

Como podemos ver en la Figura 10, este lapso de tiempo ha disminuido constantemente: de los aproximadamente 2 2 0 años del régimen genovés, pasamos a los aproximadamente 180 años del régimen holandés; de los aproximadamente 130 años del régimen británico, pasamos a ios aproxima­ damente 1 0 0 años del régimen estadounidense.

Aunque el tiempo invertido por los sucesivos regímenes de acumulación para convertirse en dominantes y alcanzar su madurez ha decrecido, **el tamaño y 1a complejidad organizativa de las agencias líderes de los sucesivos regímenes se han incrementado**. Esta última tendencia se percibe de modo más nítido si centramos nuestra atención en los «**contenedores de poder**» (es decir, los Esta­ dos) que han albergado los «cuarteles generales» de las agencias capitalistas líde­ res de los sucesivos regímenes de acumulación: la República de Génova, las Provincias Unidas, el Reino Unido y los Estados Unidos.

**En el momento del ascenso y total expansión del régimen genovés**

1a Repú­ blica de Génova era una ciudad-Estado de pequeño tamaño y organización simple, que en realidad detentaba muy poco poder. Muy dividida socialmente y poco segura militarmente, era desde casi todos los puntos de vista un Estado débil en comparación y en relación con la totalidad de las grandes potencias de la época, entre las cuales su vieja rival, Venecia, todavía ocupaba una posición muy relevante. La clase capitalista genovesa, sin embargo, organizada como «nación\* cosmopolita gracias a sus extensas redes comerciales y financieras, pu­ do tratar en términos de igualdad con la mayoría de los poderosos gobernantes territorialistas europeos y convirtió la incesante competencia por el capital en busca de inversión que enfrentaba a éstos entre sí en un poderoso mecanismo de autoexpansión de su propio capital.

**En el momento en que se produjo el ascenso y la total expansión del régi­ men de acumulación holandés,**

las Provincias Unidas eran un tipo híbrido d

organización que combinaba ciertos rasgos de las ciudad-Estado en trance de desaparición con características de los Estados-nación emergentes. Organiza­ ción mucho mayor y mucho más compleja que la República de Génova, las Provincias Unidas «contenían» suficiente poder para conseguir la independen­ cia de la España imperial, para hacerse con un imperio altamente rentable de bases comerciales a partir del imperio marítimo y territorial de ésta, y para elu­ dir los desafíos militares marítimos y terrestres de Inglaterra y Francia.

El mayor poder del Estado holandés frente al genovés permitió a la clase capitalista ho­ landesa hacer lo que los genoveses ya habían estado haciendo: convertir la competencia interestatal por el capital en busca de inversión en un mecanismo para la autoexpansión de su propio capital, pero sin tener que «comprar» pro­ tección de los Estados territorialistas como había tenido que hacer Génova.

**En el momento del ascenso y total expansión del régimen de acumulación británico,**

Gran Bretaña no era tan sólo un Estado-nación totalmente desarro­ llado y, como tal, una organización mucho mayor y más compleja que las Provincias Unidas en cualquier momento de su historia;

también estaba con­ quistando un imperio comercial y territorial de dimensiones mundiales que concedería a sus grupos dominantes y a su clase capitalista un dominio sin pre­ cedentes sobre los recursos humanos y naturales de todo el mundo

Esto per­ mitió a la clase capitalista británica realizar lo que los holandeses ya habían sido capaces de hacer: beneficiarse de la competencia interestatal por el capital en busca de inversión y «producir» toda la protección necesaria para la autoexpan­ sión de su capital, pero sin tener que depender de organizaciones territorialis­ tas extranjeras y,«con frecuencia, hostiles para generar la mayor parte de la pro­ ducción agrícola e industrial sobre la que se sustentaba la rentabilidad de sus actividades comerciales.

**n el momento en qué se produjo el ascenso y la total expan­ sión del régimen de acumulación estadounidense, los Estados Unidos eran ya algo más que un Estado-nación totalmente desarrollado**

Eran un complejo militar-industrial continental dotado de un poder suficiente para proporcionar protección eficaz a un elevado número de gobiernos subordinados y aliados y para hacer creíbles las amenazas de estrangulamiento económico o de aniquila­ ción militar dirigidas a gobiernos no amigos de cualquier parte del mundo. Es­ te poder, combinado con el tamaño, la insularidad y las riquezas naturales pre­ sentes en su propio territorio, permitió a la clase capitalista estadounidense «internalizar» no únicamente los costes de protección y producción, como ya había hecho la clase capitalista británica, sino también los costes de transac­ ción, es decir, los mercados de los que dependía la autoexpansión de su capital.

Este incremento constante del tamaño, la complejidad y el poder de las agencias líderes de la historia capitalista se halla en cierto modo obscurecido por otra característica de la secuencia temporal bosquejada en la Figura 10.

Se trata del doble movimiento, hacia delante y hacia detrás simultáneamente, que ha caracterizado el desarrollo secuencial de los ciclos sistémicos de acu­ mulación. Como hemos puesto de relieve en la discusión de los tres primeros ciclos, cada paso hacia delante dado en el proceso de intemalización de cos­ tes por un nuevo régimen de acumulación ha implicado la revitalización de estrategias gubernamentales y empresariales que habían sido sustituidas por el régimen precedente.

Así, la intemalización de los costes de protección efectuada por el régimen holandés, en comparación y en relación con el régimen genovés, se produjo mediante la revitalización de las estrategias del capitalismo monopolista de Es­ tado veneciano, que había sido sustituido por el régimen genovés. De modo similar, la intemalización de los costes de producción realizada por el régimen británico, en comparación y en relación con el régimen holandés, se produjo mediante la revitalización bajo nuevas formas, de mayor envergadura y más complejas, de las estrategias y estructuras del capitalismo cosmopolita genovés y del territorialismo global hispano-portugués, cuya combinación había sido susti­ tuida por el régimen holandés. Como anticipamos en el «Capítulo 1» y argumen­ taremos con más detalle en el «Capítulo 4», la misma pauta de comportamiento se produjo con el ascenso y total expansión del régimen estadounidense, que in­ ternalizó los costes de transacción revitalizando bajo nuevas formas, más comple­ jas y de mayor envergadura, las estrategias y estructuras del capitalismo corporati­ vo holandés, el cual había sido sustituido por el régimen británico.**p262**

Esta revitalización recurrente de estrategias y estructuras de acumulación previamente sustituidas genera un movimiento pendular hacia delante y hacia detrás entre estructuras organizativas «cosmopolita-imperiales» y «corporativo' nacionales», siendo las primeras típicas de los regímenes «extensivos», como el genovés y el británico, y las segundas típicas de los regímenes «intensivos», co­ mo el holandés y el estadounidense.

Los regímenes «cosmopolita-imperiales» genovés y británico fueron extensivos, ya que protagonizaron la mayor parte de la expansión geográfica de la economía-mundo capitalista. Durante el régimen genovés, se «descubrió» el mundo y durante el británico se «conquistó».

Los regímenes «corporativo-nacionales» holandés y estadounidense, por el contrario, fueron intensivos, ya que llevaron a cabo la consolidación geográfica y no la expansión de la economía-mundo capitalista. Bajo el régimen holandés, el «descubrimiento» del mundo realizado fundamentalmente por los socios hispano-portugueses de los genoveses se consolidó en un sistema de centros de inter­ cambio e intermediación comercial y de compañías estatutarias por acciones organizado alrededor de Amsterdam. Y bajo el régimen estadounidense, la «conquista» del mundo realizada primordialmente por los británicos se conso­lidó en un sistema de mercados nacionales y de corporaciones transnacionales que giraban alrededor de los Estados Unidos.**p 263**

Esta alternancia de regímenes extensivos e intensivos difumina, natural­ mente, nuestra percepción de la verdadera tendencia subyacente a largo plazo mostrada por las agencias líderes de los procesos sistémicos de acumulación de capital a incrementar su tamaño, su complejidad y su poder. Cuando el péndu­ lo se desplaza hacia los regímenes extensivos, como en la transición del régimen holandés al británico, se magnifica la tendencia subyacente. Y cuando se des­ plaza hacia los regímenes intensivos, como en la transición del régimen genovés al holandés y del régimen británico al estadounidense, la tendencia subyacente parece haber sido menos significativa de lo que realmente fue.

El desarrollo del capitalismo his­ tórico como sistema-mundo se ha basado en la formación de bloques cosmopo­ lita-imperiales (o corporativo-nacionales) cada vez más poderosos de organiza­ ciones gubernamentales y empresariales, dotados con la capacidad de ampliar (y profundizar) el radio de acción funcional y espacial de la economía-mundo capiralista. Y, sin embargo, cuanto más poderosos se han hecho estos bloques, más reducido ha sido el ciclo vital de los regímenes de acumulación a que han dado lugar: es decir, más reducido ha sido el tiempo que han necesitado estos regímenes para emerger de la crisis del anterior régimen dominante para con­ vertirse en dominantes y para alcanzar sus límites de desarrollo, indicados éstos por el inicio de una nueva expansión financiera. **263 tendencia subyacente**

En el caso del régimen britá­ nico, el tiempo invertido fue de 130 años o aproximadamente un 40 por 100 menos que el tiempo empleado por el régimen genovés, y en el caso del régi­ men estadounidense fue de 100 años o aproximadamente un 45 por 100 me­ nos que el tiempo invertido por el régimen holandés.

a pauta de comportamiento del desarrollo capitalista, en virtud de la cual el incremento del poder de los regímenes de acumulación se halla asociado con la reducción de su duración, hace pensar en la afirmación efectuada por Marx que indica que \*ia barrera real de la producción capitalista es el capital mismo» y que la producción capitalista supera una y otra vez sus barreras inmanentes «únicamente para erigirlas de nuevo en sil camino a una escala mucho más formidable»

En realidad, esta contradicción entre la autoexpansión del capital, por un lado, y el desarrollo de las fuerzas materiales de producción y del correspon­ diente mercado mundial, por otro, puede reformularse en términos incluso más generales. El capitalismo histórico como sistema-mundo de acumulación llegó a ser un «modo de producción», es decir, internalizó los costes de produc­ ción, únicamente en su tercera etapa de desarrollo (británica). Y, sin embargo, el principio de que la barrera real del desarrollo capitalista sea el capital mismo, el hecho de que la autoexpansión del capital existente se halle en tensión cons­ tante y entre de modo recurrente en contradicción abierta con la expansión material de la economía-mundo y la creación de un mercado mundial apro­ piado... todas estas pautas de comportamiento ya se hallaron operativas en las dos primeras etapas de desarrollo, a pesar de la continua extemalización de la producción agrícola e industrial efectuada por las agencias líderes de la acumu­ lación de capital a escala mundial.**p 264**

En estas dos etapas, el principio y fin de la expansión material de la econo­ mía-mundo fue la obtención de beneficios concebida como fin en sí misma por parte de una agencia capitalista particular.

En la primera etapa, los «grandes descubrimientos», la organización del comercio a larga distancia en el interior y a través de las fronteras de los extensos imperios hispano-portugueses y la crea­ ción de un «mercado mundial» embrionario en Amberes, Lyon y Sevilla fueron para el capital genovés meros medios para conseguir su propia autoexpansión.

Y cuando alrededor de 1560 estos medios ya no fueron de utilidad para conse­ guir este objetivo, el capital genovés se retiró rápidamente del comercio para especializarse en las altas finanzas.

Del mismo modo, la iniciativa de comerciar entre unidades políticas independientes y a menudo distantes, la centralización en Amsterdam del centro neurálgico de intercambio e intermediación del co­mercio mundial, la concentración en Holanda de las industrias que incorpora­ ban un alto valor añadido, la creación de una red de bases comerciales y de in­ tercambio a escala mundial y la «producción\* de la totalidad de la protección requerida por todas estas actividades constituyeron para el capital holandés me­ ros medios para su propia autoexpansión. **265**

Desde este punto de vista, dutante el siglo XIX el capital británico repitió simplemente una pauta de comportamiento que se había definido mucho antes de que el capitalismo histórico como modo de acumulación se convirtiese tam­ bién en un modo de producción. La única diferencia radicó en que en el ciclo británico el capital, además de realizar actividades de intercambio e interme­ diación comercial, actividades ligadas con el comercio de larga y corta distancia, y las correlativas de protección y producción relacionadas con las anteriores, convirtió las actividades extractivas y manufactureras, es decir, lo que definimos anteriormente como producción en sentido estricto, en medios esenciales de su propia autoexpansión.**p 265**

No obstante, cuando alrededor de 1870, la producción y las actividades comerciales conexas ya no fueron útiles para conseguir este obje­ tivo, el capital británico se desplazó rápidamente hacia la especulación y la in­ termediación financietas, del mismo modo que el capital holandés lo había he­ cho 130 años antes y el capital genovés 310 años antes.

Como veremos, el capital estadounidense repitió la misma pauta de com­ portamiento 100 años después. Este último desplazamiento de la actividad co­ mercial y productiva a la especulación y la intermediación financieras, como los tres desplazamientos análogos de los siglos anteriores, puede interpretarse como la explicitación de la misma contradicción que subyace entre la autoexpansión del capital y la expansión material de la economía-mundo, que en nuestro mo­ delo corresponde al «desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad [mun­ dial]\* indicado por Marx. La contradicción tadica en que la expansión material de la economía-mundo constituyó en todos los casos un mero medio de un es­ fuerzo dirigido primariamente al incremento del valor de capital y que, sin em­ bargo, con el paso del tiempo la expansión de la actividad comercial y de la producción tendió a deprimir la tasa de beneficio y, en consecuencia, a reducir el valor del capital.

Históricamente, las grandes expansiones comerciales se han producido úni­ camente porque una agencia o un conjunto de agencias ha encontrado los me­ dios de impedir o de compensar la reducción de los márgenes de beneficio que inevitablemente se deriva de la inversión de una creciente masa monetaria en la compraventa de mercancías en el interior de los canales comerciales estable­ cidos. Por regla general, lo más importante ha sido encontrar un tipo u otro de diversificación comercial: «el esfuerzo realmente característico del mercader», como señala Hicks (1969: 45), radica en «buscar nuevos objetos y nuevos cana­ les comerciales, [ésta] es la actividad que le hace ser innovador\*. La diversifica­ ción comercial impide la reducción de los márgenes de beneficio, ya que los ex­ cedentes que se reinvierten en la expansión comercial subsecuente no se dirigen al incremento de la demanda de idéntico tipo de inputs del mismo tipo de suministradores (y, por tanto, no se ejerce una presión al alza sobre los pre­ cios de compra) y/o no generan un oferta mayor del mismo tipo de productos dirigidos a los mismos clientes (y, por tanto, no se ejerce una presión a la baja sobre los precios de venta). Por el contrario, la expansión se produce mediante la incorporación al sistema comercial de nuevos tipos de inputs y outputs y/o de nuevas unidades, sean suministradores o clientes, de forma que pueda invertirse en la expansión del comercio y la producción una masa creciente de beneficios sin que se genere ninguna presión a la baja sobre los márgenes de beneficio.**267**

ampliando una y otra vez los límites espaciales del sistema comercial, las agencias de expansión crean las condiciones para que se produz­ ca el descubrimiento de oportunidades más rentables situadas en un radio de acción más lejano. Históricamente, esta ampliación espacial de los limites de la economía-mundo capitalista se produjo primordialmente bajo los regímenes de acumulación genovés y británico. Gracias a la expansión geográfica experimen­ tada por la economía-mundo capitalista bajo estos dos regímenes extensivos, el número, la gama y la variedad de las mercancías en las que pudo invertirse ca­ pital sin que menguasen los márgenes de beneficio se multiplicaron de modo repentino, creándose las condiciones para que se produjesen las grandes expan­ siones comerciales de principios del siglo XVI y de mediados del siglo XIX.**p 268**

La rentabilidad del comercio y el afán por reinvertir de nuevo los benefi­ cios obtenidos en la expansión comercial pueden incrementarse, no obstan­ te, incluso si se reducen los márgenes existentes entre los precios de venta y los precios de compra.

Cuando el volumen de las operaciones comerciales crece, se producen nuevas divisiones del trabajo entre los centros comerciales y en el interior de los mismos, lo cual genera la consiguiente reducción de los costes y de los riesgos de sus operaciones.

Las reducciones de los costes unita­ rios tienden a mantener altos los beneficios, incluso si se reducen los márge­ nes entre los precios de venta y los precios de compra, y la reducción de los riesgos tiende a propiciar que los centros se muestren dispuestos a reinvertir sus beneficios en la expansión comercial, aun en el caso de que se estén re­ duciendo los rendimientos generados por la misma

En general, nuestro análisis de los ciclos sistémicos de acumulación ha mos­ trado que toda expansión material de la economía-mundo capitalista se ha ba­sado en una particular estructura organizativa, cuya vitalidad fue progresiva­ mente erosionada por esa misma expansión. Esta tendencia puede remitirse al hecho de que de uno u otro modo todas estas expansiones fueron constreñidas por las mismas fuerzas que las generaron, por lo cual cuanto más poderosas se hadan éstas, más poderosa era también la tendencia a que cesase la expansión. Dicho de modo más específico, a medida que se incrementaba la masa de capi­ tal que pretendía reinvertirse en la actividad comercial bajo el impacto de ren­ dimientos altos o en ascenso, se agotaba una cuota creciente del espacio eco­ nómico necesario para mantener los rendimientos elevados o en ascenso **271**